

Delma, compañera y amiga

Delma Losa es una mujer resuelta y decidida, de fotograma femenino propio de una película francesa al estilo de 'Amelie'

La vida es un viaje. Un viaje demasiado corto, como el de aquel adolescente que se fue en invierno a por leña y volvió silbando en primavera. No es necesario recurrir al epigrama helenístico, aunque sea bello, sobre el niño que en la escuela gana un concurso de caligrafía, por lo que recibe ochenta tabas que luego ofrenda a las musas, para intentar asir inútilmente el paso del tiempo. Miró hacia atrás, y en el fulgor llameante de un relámpago, se me amontonan las vivencias y los recuerdos de treinta años de turnos, guiones y sintonías. Un tiempo demasiado largo para un recorrido tan breve. Y brevísima se me antoja tu estancia temporal, Delma, en este tajo del trabajo radiofónico, donde hemos recogido muchas veces al almón alegrías y sinsabores, cultivando rosas y espinas, cosechando contrariedades sin cuento y algunas felicitaciones.

Se me agolpan en la memoria varias secuencias de los hechos vividos en la radio, que como en un 'thriller' cinematográfico pasan por la pantalla de mi ordenador cerebral. Me referiré sólo a tres momentos, a otras tantas instantáneas congeladas al cero absoluto, que en Física equivale a la temperatura más baja posible en la cual una sustancia no contiene ninguna posibilidad de energía calorífica. La primera se desarrolla en los antiguos estudios de la Avenida de Portugal que comunicaban, como recordarás, los pisos segundo y tercero a través de una escalera metálica de caracol. La mañana estaba ya vencida. Tú acababas de llegar de hacer una rueda de prensa. No te habías sentado aún, cuando adver-



tiste que alguien empezaba a descender por la escalera de caracol. Por la expresión de tu cara me pareció que estabas viendo alguna suerte de figuración. Segundos más tarde comprendí el porqué.

La siguiente imagen difícilmente la olvidaré. Tú habías realizado el turno de mañana y ya te habías ido a casa donde recibiste una carta cuyo contenido epistolar querías compartir con algunos de tus compañeros. Fue un día de febrero, con mañanita de niebla y tarde de paseo. El servicio de redacción se prolongaba entonces hasta las diez de la noche. Nos llamaste a otra compañera y a mí para compartir tus buenas noticias tomándonos un café. Dicen

los buenos degustadores que el mejor café debe tomarse con las características que sus cuatro letras indican: caliente, amargo, fuerte y espeso. Fue, sin duda, el café más amargo y el más costoso que hemos tomado nunca en nuestra vida. Quienes están en el secreto de lo que referimos, también lo saben.

Y para traer a colación el tercer sucedido no hay que hacer ningún esfuerzo nemotécnico o imaginativo. Ocurrió hace tres días. Te presentaste a mediodía en tu casa de toda la vida, con ese aire nuevo de mujer resuelta y decidida, de fotograma femenino propio de una película francesa al estilo de 'Amelie', con el través y la enjundia que presta el

hecho de estar en contacto con actores y actrices que, como tú, quieren hacer del doblaje una ocupación o una actividad que llene muchos momentos de tu vida. Nos saludaste a todos con cercanía y afecto. No hay hipérbole alguna si digo que con efusión.

Y aproveché el momento para pedirte, así como quien no quiere la cosa, una fotografía. Una fotografía como ésta, que nos sirva de recuerdo a quienes tuvimos el privilegio, el honor y la suerte de recorrer junto a ti la mayor parte de nuestra vida laboral. La vida es un viaje ¡Ojalá que lo hagamos siempre en tan buena compañía!

Manuel Franco Morales